



Leila Guerriero, por Esther Vargas, CC BY-SA 2.0,  
[https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Leila\\_Guerriero#/media/File:Leila\\_guerriero\\_\(9474873682\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Leila_Guerriero#/media/File:Leila_guerriero_(9474873682).jpg)

**“Una sociedad de placeres pacientes que, silenciosamente, contribuye al desarrollo de la inteligencia y de la fantasía colectivas”**

Así define su biblioteca Alessandro Baricco al comienzo de *Una cierta idea del mundo* (2012; 2020): como una comunidad casi secreta que de forma pausada y serena trabaja esforzadamente persiguiendo un objetivo, el de ampliar nuestra existencia. Tras haberse mudado a una nueva casa, sin maleta, sin libros, sin grandes mudanzas, Baricco parece haber configurado una segunda biblioteca vital que desgrana, son artículos semanales, en cada una de las reflexiones librescas que incluye en este delicioso libro. Como un buen amigo, como deben hacer los buenos hermanos mayores, el escritor italiano nos

conmueve, nos “mueve” a leer y a vivir con él las emociones, aprendizajes y pensamientos que cada una de esas páginas –no necesariamente canónicas ni exquisitas según parámetros críticos estrictos- le ha suscitado.

A los lectores empedernidos, leer nos sacude, nos mueve, nos emociona (y e-moción, desde la mágica ciencia de la etimología, nos habla precisamente de eso: de desplazarnos desde un estadio a otro, una sacudida íntima, un viaje espiritual).

Sobre todo ello versaba un artículo publicado en plena pandemia (2020, año del misterioso virus *covid-19*) por Leila Guerriero en *El País Semanal*. “Toda la vida” empieza proustianamente, bergsonianamente, con una bella imagen acerca del poder evocador de la memoria y de la necesidad de lo sólido cuando todo parece trastabillar:

Supongo que en una situación de (insoponible) presente absoluto y de futuro hipotético, el pasado funciona como el único Tiempo Sólido: lo que hubo está ahí, seguro, ya vivido. Es como un patrimonio, algo inamovible. Hoy estaba haciendo dulce de peras y había en la cocina una luz fundamental, como irradiada por las cosas: los mosaicos, la heladera, los cubiertos. Todo parecía hecho de huesos o de acero, limpio y alegre. Era la misma luz que había en la casa de la ciudad en la que me crié cuando mi madre y yo cocinábamos juntas, el mismo talante festivo, esa indolencia que tiene lo que no está vivo y es bello sin saberlo. La majestuosidad de lo inconsciente (Guerriero, 2020: 12).

En un inusitado confinamiento domiciliario, que nadie imagino que se prolongaría hasta tres meses, la lectura nos hizo el tiempo más amable, leve y elástico. Las horas perdidas en las páginas de cualquier historia que nos permitiera descansar de ese “presente absoluto”, de ese excesivamente hipotético futuro, fue como esa silla de la amistad en que podemos descansar, como rezan los versos ciertos y preciosos de Antonio Gamoneda.

Como Baricco, Guerriero vincula al recuerdo de su casa familiar una biblioteca muy particular: desordenada, peldaños aleatorios de su historia íntima y personal. Se suceden nombres propios: Ray Bradbury, Horacio Quiroga, Ramón del Valle-Inclán, el Arcipreste de Hita, Miguel de Unamuno, Jean Cocteau, Cesare Pavese, William Faulkner... Y vincula a otro domicilio una segunda biblioteca: la de un profesor que la retó –entre otras cosas que sugiere el texto- a superar sus límites y a leer todo lo que cayera en sus manos. Esa segunda biblioteca se teje entre los recuerdos: Anatole France, Adolfo Bioy Casares, Herman Melville, James Joyce, Juan Rulfo, Manuel Puig, Honoré de Balzac... Hasta que reaparece la cocina, la madre y una novela que e-mociona, que sacude:

A la noche nos refugiábamos en la casa rodante, y en esa burbuja de candidez inverosímil –por dentro yo vivía en otra parte- mi madre preparaba arroz con pollo mientras cantábamos “Eran tres alpinos que venían de la guerra”. En medio de todo eso, yo leía una novela. La historia de Florentino Ariza, un hombre que espera más de 50 años para estar con Fermina Daza, la mujer que ama (Guerriero, 2020: 12).

*El amor en los tiempos del cólera*, de Gabriel García Márquez, conduce a la joven lectora hasta la escena final, en que Ariza provoca una falsa cuarentena a bordo de un barco fluvial, convenciendo al capitán para que ondee una bandera amarilla –siempre el amarillo en García Márquez- por cólera. Una cuarentena que es un ir y venir por un río, en la que Florentino Ariza quiere instalarse “toda la vida” para poder vivir un amor casi irreal, en tanto que no vivido. Ese ir y venir se le antoja a Leila Guerriero como el movimiento pendular del recuerdo en un confinamiento real, el del 2020. Un recuerdo poblado de libros: “Libros que me salvaron, me hundieron, me mostraron formas del miedo, la muerte y el amor que yo no imaginaba...” (Guerriero, 2020: 12).

### **Selección bibliográfica**

Alessandro Baricco, *Una cierta idea del mundo*, Barcelona, Anagrama, 2020 [2012].

Leila Guerriero, “Toda la vida”, *El País Semanal*, núm. 2281, 14 de junio de 2020, p. 12.

Blanca Ripoll Sintes  
Serra Húnter - Universitat de Barcelona